**El bautismo de Jesús **

San Lucas 3,15-16.21-22

*En aquel tiempo, como el pueblo estaba en expectación y todos pensaban que quizá Juan el Bautista era el Mesías, Juan los sacó de dudas, diciéndoles: "Es cierto que yo bautizo con agua, pero ya viene otro más poderoso que yo, a quien no merezco desatarle las correas de sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego".*

*Sucedió que entre la gente que se bautizaba, también Jesús fue bautizado. Mientras éste oraba, se abrió el cielo y el Espíritu Santo bajo sobre Él en forma sensible, como de una paloma y del cielo llegó una voz que decía: "Tú eres mi Hijo, el predilecto; en ti me complazco"*. Palabra del Señor.

El bautismo de Jesús nos debe remitir a nuestro bautismo que es el día más importante desde el punto de vista cristiano, ese día somos configurados con Cristo de tal manera que somos hechos partícipes de la relación del Hijo con el Padre, desde ese momento somos hijos e hijas en el Hijo. Podemos llamar al Padre, “Padre Nuestro”. Es que, en unión con el Hijo de Dios, somos deificados, fuimos divinizados, fuimos llevados a la vida divina ese día. Todo lo demás en la vida cristiana fluye a partir de nuestro bautismo.

Mirémoslo en término de tres atributos. Al ser configurados en Cristo, nos identificamos con Él como sacerdote, como profeta y como rey. **Fuimos ungidas como sacerdotes, profetas y reyes**.

¿Qué significa eso?, ¿cuál es nuestra identidad bautismal?

Miremos primero **el sacerdocio**: Un sacerdote es alguien que realiza sacrificios en nombre del pueblo de Dios. Es alguien que reza por el pueblo, reza a Dios en su nombre. Un sacerdote es un mediador entre la humanidad y la divinidad. Por supuesto Cristo es el Sumo Sacerdote. Podemos pensar “yo no estoy ordenada”, claro que no, pero fuimos ungidas como sacerdotes en nuestro bautismo. ¿Qué significa esto? Que **debemos ser personas de oración**. Y no sólo para nuestro beneficio, sino oración de intercesión en beneficio de los demás.

Cuantas veces nos han dicho y hemos dicho al sacerdote que rece por nosotros. Cuando alguien nos dice eso, está despertando nuestro sacerdocio o sea que podemos interceder en nombre de ellos ante Dios. Cada persona bautizada es llamada a esa clase de oración intercesora. La pregunta es ¿rezamos por nuestros hijos, nuestros hijos rezan por nosotros? ¿Rezamos por nuestros padres, por nuestros esposos y viceversa? Esa es una obligación sacerdotal que tenemos. ¿Bendecimos a nuestros hijos? Ese es un acto sacerdotal. Estamos rezando, intercediendo por ellos.

Cuando vamos a Misa hay una oración que el Sacerdote expresa después de la oración de las ofrendas, que dice: "*para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios todopoderoso*". Este sacrificio mío y de ustedes, no sólo de él. Todos los que estamos en Misa nos estamos uniendo al sacrificio del Sacerdote que se ha unido al gran Sacrificio de Cristo mismo al Padre.

Segundo, somos **profetas**: Un profeta es alguien que **pronuncia la Palabra de Dios**. Son personas llamadas por Dios para hablar en Su Nombre. Fuimos ungidas en nuestro bautizo para pronunciar la Palabra de Dios. Ser profeta no es fácil. Veamos a muchos de los Profetas en el Antiguo Testamento, se metieron en problemas y a nuestro Sumó Profeta: Jesús, Él, que es la Encarnación de la Palabra divina misma, llegó a la cruz por su profecía.

Nosotros hemos sido ungidos para ese propósito. ¿Ustedes hablan públicamente sobre su fe? No tenemos que pararnos y hacerlo en público, pero permitamos que la gente sepa que somos católicos, que estamos orgullosas de eso, que podamos expresar la fe, que las palabras de la fe estén en nuestros labios. Eso es parte de profetizar. Somos bautizados para ser profetas que pronuncien la palabra de Dios. Qué bueno que este grupo nos permite conocer cada día más a nuestro Señor pues toda persona bautizada debería estar lista para dar razones de la esperanza que está en nosotros. Nosotros, los papás estamos destinados a pronunciarles la verdad divina a nuestros hijos desde que están pequeños. Les enseñamos a persignarse, las primeras oraciones y eso es ser profeta.

Tercero, somos **reyes**: un rey en el sentido espiritual es alguien que **ordena los carismas de un modo tal que conduce a la gente a Dios**. El Espíritu Santo da estos carismas, estos dones, estas capacidades, y el rey ve los carismas y entonces los ordena hacia el Reino de Dios. Cada persona bautizada esta llamada a hacer esto. ¿Cuáles son los carismas de los que estas consciente en tu vida y como los diriges hacia Dios? Como padres, ¿cómo dirigimos a nuestros hijos para que por sobre todo disciernan su vocación? Ese es el propósito de la familia. Lo que hace santa a una familia es que todos en ella están descubriendo su propósito. Los padres estamos actuando como reyes cuando gobernamos y dirigimos a nuestros hijos hacia el Reino de Dios. En nuestro trabajo, con nuestros amigos, tomamos lo que está a nuestro alrededor y los llevamos hacia las cosas de Dios. Entonces estamos actuando como reyes. Cuando obtenemos el dominio de nosotros mismos, de nuestra vida y podemos ordenar nuestra mente, voluntad y pasiones, nuestra vida privada y pública toda en la dirección hacia Dios. Toda persona bautizada está llamada a ser rey. Que tan efectivos somos o estamos abdicando en esa responsabilidad.

“*Jesús, gracias por hacerme miembro de Tu Iglesia, no dejes que olvide mis privilegios como bautizado.* *El Bautismo no sólo me hace hijo de Dios y me une a Ti en la Iglesia, sino que me lanza como testigo y apóstol de Tu Reino”*.

El Evangelio nos presenta a Jesús, que es Dios, que no tenía ningún pecado, acudir a Juan, el Bautista, para ser bautizado. Qué sorpresa debió haber sido para el Bautista ver que el mismo Dios se inclinaba ante él para recibir este sacramento. Con este gesto, Jesús nos demuestra la grandeza de este misterio y nos da una lección más de humildad.

En efecto, por el bautismo nos hacemos hijos de Dios. Somos curados del pecado original. Gracias a este sacramento se nos abren las puertas del cielo, Dios nos da su gracia. A nosotros nos corresponde hacerla fecunda, hacerla crecer día tras día.

«*Y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre Él, y se dejó oír del cielo una voz: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*”.

Hemos de lograr que el Padre también exclame de cada uno de nosotros: "Éste es mi hijo amado... en él me complazco..."

Y todo ello porque tratamos de agradarle en todo, correspondiendo a ese don tan maravilloso que nos vino por el bautismo, el don del Espíritu Santo. Que todos aquellos con los que convivimos descubran en nosotros esa paloma invisible.

Jesús, una vez que se hizo bautizar, comenzó de lleno su misión apostólica. Seamos apóstoles y portadores del mensaje redentor y salvífico de Cristo a un mundo que, a veces, parece caminar a ciegas.

“*Gracias, Padre bueno, por el don del Bautismo, por haberme hecho hijo adoptivo tuyo, hermano de Cristo, templo del Espíritu Santo y miembro comprometido de Tu Iglesia.*

*Que nunca manche el vestido de mi dignidad cristiana. Que nunca permita que me apaguen la luz de mi fe recibida en el bautismo. Que sea fiel a las promesas de mi bautismo, que renové en el día de mi confirmación.*

*Gracias porque aún en medio de la más fuerte de las tormentas Tú eres nuestro fiel Capitán y nunca nos dejas a la deriva, nos cubres con tu manto, nos das valor, sabiduría y siempre tomas nuestra mano para sacarnos a flote y conducirnos por el mejor de los caminos.*

*Te pido nos des la gracia de permanecer en Ti, de amarte sin medida y de entregarte todo lo que somos, nuestras alegrías, nuestros anhelos, nuestros miedos, nuestras angustias y necesidades.* ***Amén****.*

Sin embargo, Dios nos mira con misericordia y nos recuerda que Él tiene un plan diseñado a nuestra medida según su corazón. Vale la pena, pues, que le dejemos actuar.

Con el Bautismo Dios nos hace sus hijos adoptivos, nos da a su Hijo como hermano, convierte nuestra alma en templo del Espíritu Santo donde habitará para formar en nosotros la imagen de Jesús; nos capacita para ser miembros activos y comprometidos de la Iglesia santa y misionera, y nos da en herencia la vida eterna.

Jesús no tenía necesidad del Bautismo para sí mismo, porque no tenía pecado. Sin embargo, sí tuvo necesidad del Bautismo para significar su misión: vino a cargar sobre Si nuestros pecados, a morir al pecado en nuestro lugar, para resurgir a una vida nueva: vida que ahora está a nuestra disposición.

Por nuestro bautismo se nos da la vida de gracia, que no es otra cosa que la participación de la divinidad de ese Padre que nos ama. Triste sería que nuestro bautismo fuera simplemente un recuerdo de una ceremonia social, por más bella que hubiese sido.

Cristo quiso bautizarse no porque fuera necesario purificarse. Él quiso hacerlo para compartir, en todo, nuestra humanidad.

Si nosotros acogemos lo que Él nos da gratuitamente, también sobre nosotros podrá escucharse esa voz del cielo que dice: **‘Tú eres mi hijo, el amado, el predilecto’**.

Cuando somos bautizados nos unimos a Cristo. Somos configurados con Él. Somos ungidos como sacerdotes, profetas y reyes. Pongamos en práctica esa identidad.